

Al Caudillo FRANCO

(1936 - 1975)

Ser hito culminante de la Historia
y el tiempo señaló otra vez a España,
y en holocausto a Dios, rota la entraña,
ser luminar del mundo con su gloria.

Hacer vital presencia la memoria
del pasado, encarnar su gran hazaña,
obras son del Caudillo, que cabaña
y palacio salvó de abyecta escoria

Su espada, la más limpia entre guerreros,
trazó el camino, derrocó las vallas,
alzó la juventud a los luceros,

y en mérito de fe nos supo dar,
por la gracia del Dios de las batallas,
una PATRIA, un TEMPLO y un HOGAR.

Fernando BRAVO Y BRAVO

Las encinas



CUANDO se ve la herencia del pasado, el vestigio de la antigüedad en las ciudades, el mármol que se eleva en la columna jónica, la piedra sillar de las murallas; se remontan edades y se piensa que la urbe, desde siempre, representó al hombre.

Bien es cierto que, aquí, los romanos dejaron su impronta mayor en la Emérita Augusta; pero en cambio, situaron a Esculapio, dios de la medicina, en el campo y en los bosques, junto a los manantiales y a los montes. Por eso era hijo de Apolo, inspirador del Palatino.

La voluta de un capitel, o el mosaico cosmogónico, recuerda el arte de los ciudadanos, pero el mito pánico prefiere no olvidarse del campo.

Campesino era Admeto, rey de Feres, amado de los dioses por su virtud. Es junto a él que Apolo, entonces exiliado del cielo por Júpiter, después del exterminio de los Cíclopes, se retiró a la tierra en compañía de los humanos. Apolo, en reconocimiento a las buenas acciones de Admeto, guardó los rebaños de este rey y acudió en su ayuda cuando se desposó.

Narra el mito que Pelia, uno de los reyes de Tesalia, tenía una hija llamada Alceste; pero sólo consentía su padre en darla por esposa al que llevara un carro tirado por un león y un jabalí. Apolo, viendo que Admeto deseaba vivamente casarse con la princesa, le enseñó el arte de reducir, bajo un mismo yugo, dos animales tan enemigos, y Alceste llegó a ser así la esposa del rey campesino de Feres. Sin duda, este hombre piadoso, mereció el gran amor de Alceste, puesto que un día pidió ella el favor de morir en su lugar. Pero Hércules, que precisamente ese día era recibido por el buen Admeto en su palacio, la arrancó viva de la Muerte, devolviéndola al que tanto la amaba.

He querido evocar este mito, porque su final explica uno de los más poéticos motivos de mi tema. Muerto Admeto, suplicó Alceste a Apolo que la dejara eternamente en el campo junto a la tumba de su esposo, y entonces el dios la convirtió en una encina, símbolo de la constancia y de la fidelidad terrenas.

* * *

Así como la perimida arquitectura es un monumento de las ciudades, la encina es el monumento del campo. Un monumento sucesivamente vivo, procesional en las vastas sinuosidades de la tierra. Y ninguna tierra tiene, como Extremadura, la arbórea penumbra que se entrama como un tamiz inmemorial desde la mansa presencia de la encina, humilde madre de la bellota. Sin embargo, ya Eumeo, porquerizo de Ulises, había dicho de ella que tiene espíritu de alondra.

Acercarse a una encina es encontrarla en paz, siempre dispuesta a prestarnos su regazo de sombra. Mirada con amor, parece que desde sus oscuras ramas, guarda para nosotros un entresijo de recuerdos, y su presencia evoca el rumor de crepitantes lluvias y pasajeras alas.

La encina extremeña tiene más historia que todas las demás encinas. No de cónsules ni de califas ni de reyes, sino de pueblo de man-

cera y hoz, Pueblo del que salió Pizarro que tanto dialogó con los encinares cuando en las abras de Trujillo, antes que conquistador, junta al pie del tronco las bellotas. Es que tenían algo de encina los conquistadores: esa raíz metida en el trasfondo heroico de Extremadura, la entereza para soportar el rigor, abiertos a los resoles y a las escarchas de los tiempos.

Conmueve imaginar el instante en que Orellana, en su segundo y portentoso viaje al Amazonas, decía que había visto en las selvas brasileñas todos los árboles del mundo, menos las encinas. ¿Y qué recuerdo íntimo arracaba de aquel descubridor del inacabable río, la entonces lejanísima madre de la bellota?

La encina, que ha acompañado a olivos y viñedos no ha sido, como se cree, la olvidada huésped de los campos. Es cierto que nadie ha querido ser su poeta, no porque no sea bella al modo popular de las zagalas, sino porque los poetas no han buscado su amor. Hay árboles consagrados, y así se canta al ciprés, monje escualido que nos ignora en su fanático misticismo; pero la encina sólo es samaritana rural, cuya caridad nadie agradece. Cervantes no la nombra cuando don Quijote hizo penitencia a imitación de Beltenebros. Y es que los que aman las encinas, son, como ellas mismas, seres sin historia.

Por los trillos resechos del verano, entre las matas quemadas por las sequias, puede verse cuando los pastores buscan la umbria de los encinares, con los rostros macilentos de estío, apoyadas las manos en los cayados, seguidos por los rebaños que semejan una vahosa nube terrestre. Y los pastores saben que la encina es una fuente verde, un surtidor de hojas siempre vivas que baña con su sombra a quienes reclama la piedad de la frescura en el bochorno.

Lejos del pueblo, lo saben los mirlos, relámpagos negros del paisaje, y los campesinos que, transidos de surcos, no tiene más hogar que las encinas, el respaldo de su tronco, el diálogo del viento entre las ramas, la compañía de sus vegetales aleros en la soledad.

Debajo de las encinas puede pensarse felizmente en la vida, aunque el trabajo sea duro y el cuerpo esté cansado de luchar con la tierra.

La encina ofrece una visión sedante del mundo. Una pura contemplación del espacio. Conoce los meteoros pero no tiene fosquedades; su serenidad última parece prevenir de las estrellas en la noche, cuando ya duermen hombres y aves y bestias, ella se asoma sobre el campo y sobre las colinas, y queda en un éxtasis claroscuro, la copa alta como una cabeza que tuviera por mantilla el resplandor de la luna.

No; el paisaje extremeño no sería poético sin la que se supone pro-

saica encina. Sólo se necesita querer mirarla, hallarla reflejada en los pantanos en esos serenísimos atardeceres del otoño, cuando todo es de un amarillo tenaz: el ocaso, las nubes, la tierra; cuando la encina se yergue única como la ola de un océano glauco.

El industrial buscará la madera de la encina, el fruto carnoso, el cisco que todavía calienta las chozas en los viejos braceros antepasados; buscará el asnillo asilo y hierba bajo el parasol de la encina: la hormiga buscará las hojas por su largo túnel de ingeniera de caminos; buscará la liebre un poco de aliento en el asedio de la caza; pero sólo el poeta podrá encontrar hoy la desinteresada realidad de la encina: su belleza. No la utilidad, porque en un mundo donde ya no existe la contemplación, no corresponde alabar lo que no tiene precio. Y la encina ya no vale nada más, y nada menos, que para la poesía y para la tierra.

Es posible que la naturaleza no inspire hoy a un Virgilio y que las geórgicas sólo están en las manos del campesino y las églogas en la trashumancia del rabadán; pero si la encina no hace evocar al poeta las ninfas y las hamadriadas; si no rescatan en nemoroso diálogo la dulzura de Garcilaso o de Camoens, sabed que la naturaleza devuelve con la encina al estado de gracia, que deja limpia el alma, pobre cenicienta, manchada de los hollines de todas las cocinas del progreso.

La encina está ahí, para sentirla tal vez a la luz de un domingo y, como esas madres silenciosas que apenas advertimos y que nos dejan, sin que sepamos cómo, la irradiación de su presencia.

La España vegetal no figura en las guías turísticas; nadie se detiene ahora en el camino a contemplar un ocaso, el vuelo de la última paloma de la tarde, y a escuchar el rumor del viento entre el paraninfo de las colinas, o al minúsculo oboe nocturno del grillo. La prisa lleva al hombre a sordas y a ciegas; el ocio ya no descubre en las cosas la alegría a la meditación de la vida; por esto, hace mucho tiempo que los ángeles están cansados y aburridos. Cualquiera que los ha visto lo sabe.

Llevad a vuestro ángel junto a las encinas; desplegará repentinamente las alas como si fuera a echar a volar de puro gozo; subirá y bajará por las ramas como los vencejos; cogerá bellotas y se las pondrá al oído para sentir el profundo palpitar de la tierra. Cuando el ángel nos roza con sus alas es porque se siente feliz y Dios está cerca de nosotros. La felicidad que siempre buscamos, sin saber qué es, se halla en ese sencillo momento inefable. Lo triste es ver que pasan los hombres, tráfugas del paisaje. Porque los vi, del otro lado que orilla al campo como un espejo turbio del mundo, escribi este soneto, con perdón de mi ángel:

Perdido vas viajero, no caminas
sino de espaldas a la sombra y dejas
lo mejor de esta tierra si te alejas
de la paciente paz de las encinas.

A verlas bajan nubes mortecinas:
les canta el mirlo y las alumbran viejas
estrellas que murieron. ¡Cuántas quejas
de Dios hay en sus ramas campesinas!

Pasas, viajero, ciego y sin verdura,
y huido vas por la caliente gleba
del verano. No sabes que caminas

sobre la insolación de Extremadura
y el extranjero paso que te lleva
nunca tendrá el amor de las encinas.

Hugo Emilio PEDEMONTE